

El viaje trasatlántico del 'chupacabras'

Un monstruo cuya principal característica es que habla castellano, aunque, paradójicamente, no haya entrado todavía en el diccionario de la Real Academia Española

LUIS ALFONSO GÁMEZ

No figura todavía en ningún diccionario; pero ya se codea con el monstruo del lago Ness, el Pies Grandes o el Yeti. Debutó en Orocovis, en pleno corazón de Puerto Rico, en marzo de 1995. Sus primeras víctimas fueron ocho ovejas, una vaca y un toro. Y, aunque la Policía y las autoridades concluyeron que las bajas en la cabaña local habían sido causadas por perros realengos, ya que así lo demostraban las mordeduras que presentaba el ganado en cuello y patas [Matos, 1995], hubo lugareños que las atribuyeron a *seres extraterrestres*.

Los reporteros de lo paranormal relacionan todavía hoy en día el episodio de Orocovis con el monstruo que en agosto del mismo año volvió a las andadas en la localidad portorriqueña de Canovanas, donde murieron 150 animales de granja. Una matanza cuyas peculiaridades y dimensiones traspasaron pronto los límites de la pequeña isla caribeña. No era para menos. Los cadáveres estaban, según sus propietarios, totalmente secos: no tenían ni una gota de sangre. Aparentemente, el humor vital había escapado por unos pequeños orificios practicados, a juicio de los campesinos, por un animal desconocido de comportamiento vampírico. Un ser esquivo que eludió el ojo humano hasta septiembre de 1995, cuando los lugareños lo bautizaron como *chupacabras*, vista su predilección por estos mamíferos, y empezaron a dar las primeras descripciones del predador que supuestamente diezmaba sus rebaños.

¿Cuál es la apariencia del *chupacabras*? A pesar de lo mucho que se ha escrito, de decenas de artículos en revistas esotéricas y cerca de tres mil referencias en Internet, todavía no existe consenso sobre su fisonomía: ha sido descrito como un ser de alrededor de un metro de altura, bípedo, "con la piel como de un dinosaurio", los ojos "del tamaño de huevos de gallina" y crestas espinosas en el cráneo y la espalda; como

un monstruo "de apariencia extraterrestre" –ignoro qué apariencia tienen los extraterrestres, si es que existen– y canguroide, con poderosas patas traseras y que despiden un "fuerte olor sulfuroso"; como una criatura con "cráneo de mono", grandes ojos rojos, boca sin labios, lengua de serpiente, manos palmeadas y terminadas en tres garras curvas, y con espinas dorsales iridiscentes; como un "murciélago gigante, peludo y de ojos muy brillantes"; como un humanoide de 60 centímetros de altura, sin un solo pelo en el cuerpo y de tacto gelatinoso. En fin, que, si hay algo claro, es que es un monstruo.

Pero la fisonomía del supuesto predador era algo secundario, y así lo entendió el alcalde de Canovanas, José Soto Rivera, que organizó varias batidas en busca del animal, infructuosas, aunque en algunas llegaron a participar hasta doscientos cazadores. Todo hay que decirlo: al alcalde los ataques del *chupacabras* y la histeria latente le fueron de perlas para, a pocos meses de las elecciones locales, desviar la atención de la opinión pública de los graves problemas del municipio, con varias zonas sin agua desde semanas antes.

Al igual que en Orocovis, los científicos achacaron los ataques de Canovanas a perros asilvestrados o animales exóticos, como panteras, introducidos ilegalmente en la isla. Y es que los exámenes de los cuerpos revelaron que las muertes de ganado no seguían un único patrón, sino que se debían a mordeduras, traumatismos, infecciones... Héctor García, director de la división de Veterinaria del Departamento de Agricultura de Puerto Rico, consideraba que no había nada extraordinario tras las muertes de los animales de granja [Carroll, fecha desconocida]; pero, una vez más, la realidad quedó relegada por la ficción gracias a Jorge Martín, hasta noviembre de 1995 un oscuro ufólogo portorriqueño y desde entonces el principal abanderado del *chupacabras*, la *autoridad*



mundial sobre el misterioso ser.

Martín fue el primero en hablar del *chupacabras* como una mascota de los tripulantes de los ovnis o un producto de experimentos genéticos terrestres o extraterrestres. Sus exóticas teorías —mantiene que los alienígenas visitan Puerto Rico atraídos por el radiotelescopio de Arecibo— incluyen, ¡cómo no!, una conspiración gubernamental, la captura de varios ejemplares de *chupacabras* y las consiguientes autopsias. Unos exámenes *post mortem* cuyos resultados serían secretos, pero, *curiosamente*, conoce Martín, que mantiene que los análisis de la sangre del misterioso animal arrojan unos resultados incompatibles con todo lo conocido. ¡Lástima que nadie más tenga constancia de lo que sostiene el ufólogo!

De monstruo a negocio

La entrada en escena de este imaginativo autor marcó un punto de inflexión en la historia del *chupacabras*: pasó de producto más del pensamiento supersticioso campesino a negocio para fabricantes de misterio, prensa, vendedores de camisetas y llaveros, y organizadores de visitas a los lugares donde la *mascota de ET*—como la llamaron en Miami— había perpetrado sus más sangrientos ataques. El *chupacabras* multiplicó su actividad a partir de noviembre de 1995, y sus fechorías ocuparon páginas enteras en los diarios portorriqueños y decenas de horas de radio y televisión. Un camino hacia el estrellato para el que la isla caribeña se quedó pronto pequeña, y así, a principios de 1996, el fenómeno saltó a México, Miami y Costa Rica. Y en agosto, tras entrar a España por el País Vasco, llegó hasta Yocavén, una pequeña localidad situada a 140 kilómetros al sudoeste de Santiago de Chile.

El alcalde de Canovanas había justificado sus batidas diciendo del *chupacabras*: “Hoy ataca animales, pero mañana podría atacar a la gente”. Una vez en México, la fama del monstruo se disparó tras cumplirse el vaticinio de Soto Rivera. Teodora Ayala Reyes aseguró haber sido víctima de la criatura en el estado de Sinaloa y mostró a todo el país a través de la televisión unas marcas en la piel que parecían, más que mordiscos de un misterioso ser, desgarrones de la piel o quemaduras. Como otros campesinos de la región, la mujer creía que, tras las muertes de ganado que habían comenzado a registrarse, se ocultaba el *chupacabras*. Y la histeria se adueñó de México hasta tal punto que algunos autores han comparado las escenas vividas en el país norteamericano con las de las masas enfervorecidas en busca del monstruo de películas como *Frankenstein* y *Drácula*. A pesar de que también en México el Departamento de Agricultura achacó los ataques a coyotes o felinos, la psicosis llegó a límites preocupantes y la Universidad Autónoma Metropolitana reunió a veterinarios, biólogos y antropólogos para que estudiaran el asunto. Los científicos, en un

extenso informe de 113 páginas, quitaron todo el misterio a los ataques a ganado, al recordar que en las zonas rurales afectadas había muchos perros abandonados.

Veraneo en Euskadi

Pero eso no impidió la expansión del *chupacabras*, que llegó a España en el verano de 1996, según Bruno Cardeñosa y Javier Sierra, que escribieron sendos artículos sobre ataques del extraño ser registrados en el País Vasco en *Año Cero* y *Más Allá*, dos revistas que dan pábulo a todo tipo de disparates. Para que se hagan una idea, la segunda de ellas ha tenido durante más de un año como colaborador a un presunto extraterrestre llamado Geenom, que, cual señorita Francis intergaláctica, respondía a las más delirantes consultas de los lectores. Cardeñosa publicó en *Año Cero* un artículo titulado “El *chupacabras* ataca en el País Vasco”. Tres páginas dedicadas a la odisea vasca de un extraño ser que, según el autor, había acabado con “cien ovejas, desangradas a través de un orificio en el cuello”. “Las primeras noticias sobre el caso llegaron a la redacción de *Año Cero* el 21 de agosto”, explicaba el ufólogo aragonés antes de preguntarse si estábamos ante “un nuevo ataque” del monstruo surgido en lo más profundo de Puerto Rico a principios de 1995 [Cardeñosa, 1996].

Los periodistas esotéricos basaban sus reportajes en dos pilares: la información facilitada por la Policía autónoma vasca y los, para ellos, mucho más fiables testimonios de los afectados. “La Ertzaintza —escribía Cardeñosa— aseguró que, desde el pasado 13 de junio, se habían formalizado cinco denuncias en sus dependencias, confirmando oficialmente la muerte de 16 ovejas



Retrato-robot del ‘chupacabras’, según algunos testigos.

y la desaparición de otras 22. Sin embargo, las cifras reales rondan el centenar de reses”. Seguidamente, advertía que “éste no ha sido el único punto oscuro en las investigaciones orquestadas por el Departamento de Interior del Gobierno vasco. El informe que la Ertzaintza ha facilitado a esta revista está plagado de errores y, en algunos aspectos, falta a la verdad”. ¿Qué llevaba a Cardeñosa a hacer tan graves acusaciones?

En el caso vasco, los ‘periodistas especializados’ en lo paranormal recurrieron a misteriosos seres y conspiraciones a pesar de la concluyente investigación de la Policía autónoma

El propio autor desvelaba las causas de su despecho. El parte de la Ertzaintza no sólo hablaba de un número de ovejas muertas muy inferior al centenar, sino que apuntaba la presencia de “cánidos asilvestrados o no controlados”, y de dos tipos de heridas en las ovejas, “mordeduras de cánidos en cuello y patas, y heridas punzantes en cuello, según las manifestaciones de los propietarios, ya que al presentar las denuncias los animales ya habían sido comidos por los buitres”. El informe oficial añadía, asimismo, que un ganadero había visto “un perro grande y oscuro”, y que los veterinarios que habían examinado algunos cuerpos no habían podido precisar las causas de las heridas.

Inquieto y desconfiado, Cardeñosa había viajado hasta Las Encartaciones para hablar con Ricardo Bárcena, uno de los ganaderos afectados. “Desde junio –apuntaba– ya ha perdido a una veintena de ovejas y a una yegua. Una mañana encontró a algu-

nas de sus ovejas muertas y a otras heridas. Según las declaraciones del ganadero, las ovejas «tenían un pinchazo en el cuello, limpio y de unos cinco centímetros de profundidad, sin sangre apenas, pero las había destrozado por dentro». Y, lo que es particularmente grave, “al contrario de lo que asegura la Ertzaintza, en ninguna de estas muertes se han detectado mordeduras de cánidos. Ni las heridas del cuello –siempre un orificio perfecto y profundo– ni las de las piernas –cortes limpios y superficiales– responden a las características de las producidas por ningún animal”. Es decir, que de perros, nada.

Por si fuera poco, el misterioso escenario se completaba con la muerte de una yegua, hecho que el reportero calificaba de “inquietante”. “En su vientre –señalaba– se distinguía un corte limpio, meticuloso y profundo, cuya trayectoria de entrada tenía forma triangular”. Que la Policía autónoma hubiera considerado el fallecimiento del equino “un hecho aislado”, un posible accidente, poco importaba al colaborador de *Año Cero*, que dedicaba la parte final de su reportaje a señalar que el análisis veterinario de uno de los cuerpos no había servido para precisar la causa de las heridas. Sin embargo, él había conseguido hablar con el veterinario que había examinado el cuerpo y descartaba el origen animal de la lesión, que, en su opinión, “tampoco tenía las características de un arma blanca”.

“Estas declaraciones eliminaban cualquier atisbo de duda: las autoridades policiales habían mentido” concluía Cardeñosa, que anunciaba que el misterio continuaba. “El 5 de septiembre –decía–, una veintena de ovejas era atacada en la aldea portuguesa de Touloues, cerca de la frontera española por la zona de Beira Baja”. Y hasta allí fue, ¡cómo no!, Javier Sierra por encargo de *Más Allá*, que también le costó unos días en Las Encartaciones para que escribiera el reportaje de rigor.

La conspiración

Sierra habló con las mismas personas que Cardeñosa y llegó a diferentes conclusiones; aunque también misteriosas. “Según pude comprobar durante mi *rastreo* a lo largo de la sierra de Las Encartaciones –escenario natural entre Burgos y Vizcaya donde se ha concentrado el mayor número de agresiones–, durante estos meses se han mezclado al menos dos clases bien diferentes de agresiones: las ya tradicionales atribuibles a perros asilvestrados y las muertes *con agujeros*. En estas últimas –reconocía el enviado especial de la revista dirigida entonces por José Antonio Campoy–, y a diferencia de lo que sucede con el *chupacabras* caribeño, el agresor no desangra totalmente a sus víctimas” [Sierra, 1996]. Es decir, que la variante vasca del *chupacabras* no chupaba la sangre. Sierra añadía que un



A pesar del título, este reportaje de ‘Enigmas’, publicado en noviembre de 1996 como respuesta a las exclusivas de la competencia sobre el ‘chupacabras’ en España, alimenta más el mito de las ‘criaturas asesinas’.

portavoz de la Ertzaintza le había informado que la mayoría de los casos se referían a “mordeduras de perros”, que sólo uno de los animales había fallecido por un pinchazo en el cuello y que, en ningún caso, había aparecido el cuerpo seco, sin sangre. Lo más curioso no era esto, sino que este autor asumiera como propias las tesis policiales, las mismas que Cardeñosa tildaba de falsas. ¿A qué se debía?

No dudaba Sierra en su reportaje de que cien ovejas hubieran aparecido muertas en Las Encartaciones, pero llegaba a diferente puerto que su colega. “A diferencia del *chupacabras* americano no hay testigos que describan ningún ser bípedo con características extrañas –concluía–, ni sus víctimas han sido desangradas por completo. El único nexo de unión sólido entre el *chupacabras* americano y el pretendido espécimen ibérico es el método empleado en sus agresiones... que, más que hacernos sospechar de alguna extraña clase de animal, nos obliga a pensar en actividades humanas que se desarrollan al margen de la ley y de la ciencia”. Como siempre, este periodista –para quien el invento del transistor se basa en tecnología alienígena de un ovni estrellado en Roswell en 1947– rechazaba una fantástica hipótesis para asirse con sensacionalista desesperación a otra aún más rocambolesca.

Nada más leer ambos artículos, recordé haber visto en agosto una noticia acerca de muertes de ovejas en la zona de la que hablaban Cardeñosa y Sierra, así que llamé al delegado del periódico *El Correo* en Las Encartaciones para preguntarle por los hechos. “Me parece recordar que se dijo que las muertes podían deberse a rencillas entre ganaderos”, me advirtió. Tras pedirle una copia de la información publicada en la edición de la comarca, telefoneé al gabinete de prensa del Departamento de Interior para que me dieran su versión de los hechos. El agente de la Ertzaintza que me atendió me prometió que tendría la información solicitada en unos días; pero mis sospechas se empezaron a hacer realidad en cuanto llegó a mis manos una copia de la noticia publicada en el periódico en el que trabajo el 25 de agosto.

El título hablaba de “medio centenar de ataques al ganado”, la mitad que los *censados* por Sierra y Cardeñosa; el subtítulo llamaba la atención sobre un importante detalle: “Los afectados atribuyen las muertes a rencillas con ganaderos de otras provincias” [Domínguez, 1996]. José Antonio Bárcena, hermano del ganadero citado por Cardeñosa en *Año Cero*, decía haber perdido de mayo a agosto “más de 50 ejemplares”, a los que sumaba 30 de su hermano y otras 12 de los demás vecinos. El autor de la información, José Domínguez, no tomaba el testimonio del campesino como *pala-bra de Dios*, sino que lo ponía en cuarentena y prefería llevar al titular no las especulaciones numéricas de uno de los afectados, sino los casos denunciados ante la Policía vasca. El afectado, por su parte, esta-

La investigación policial

El 25 de octubre de 1996, el autor recibió la siguiente respuesta del Departamento de Interior del Gobierno vasco respecto a los presuntos ataques del *chupacabras* en Vizcaya:

“En relación a la muerte de ganado registrada en la demarcación de la comisaría de Balmaseda, pasamos a facilitarle los siguientes datos:

Denuncias recogidas por la Ertzaintza: 5.

Balance de esas denuncias:

Ovejas muertas: 16

Ovejas heridas: 4

Ovejas desaparecidas: 22

Periodo en el que se registraron los hechos: entre el 1 de junio y el 24 de julio de 1996.

Nada más tenerse conocimiento de los hechos, registrados entre los montes Arbalitza e Ilso, la Ertzaintza realizó las siguientes gestiones:

–estudios de las denuncias e inspecciones oculares;

–entrevistas con los denunciados para ampliar información;

–entrevistas con ganaderos de la zona en busca de pistas sobre cánidos incontrolados;

–inspección sobre el terreno en busca de huellas e indicios; y

–vigilancia de la zona.

Las pistas encontradas apuntaban desde el principio a la presencia de cánidos asilvestrados o no controlados entre los montes Arbalitza e Ilso.

Se observaban dos tipos de heridas diferentes en las ovejas:

–en todos los casos menos en uno, mordeduras de cánidos en cuello y patas.

–en un caso, herida punzante en el cuello.

En el momento de recoger la denuncia, algunos de los animales ya habían sido comidos por los buitres.

Conclusiones: Todos los casos, menos el de la herida punzante, han quedado aclarados. Los causantes de las muertes son perros asilvestrados y domésticos. En algunos casos los dueños de estos últimos han llegado a acuerdos sobre indemnizaciones.

Existe un caso aislado de una yegua muerta, que presentaba una herida de 20 centímetros en el abdomen, en su parte trasera derecha, no pudiendo determinarse si la herida se había producido de forma voluntaria o casual. Se cree que alguien pudo causar la lesión con un objeto cortante, aunque no se descarta la posibilidad de un accidente”.

ba convencido de que las muertes de ovejas tenían su origen en “rencillas con los ganaderos de Burgos”. “El problema –apuntaba el periodista– radica en la ausencia de límites claros que marquen la frontera entre los pastizales de Burgos, Álava y Vizcaya”.

Cosas de perros

Cada vez más seguro de que estaba persiguiendo fantasmas, aproveché un rato libre para rebuscar en la biblioteca, entre los periódicos de la segunda quincena de agosto, la noticia que había alertado a Cardeñosa y Sierra. Cuando di con la informa-

ción de *El Mundo* que les había atraído hasta Vizcaya, lo entendí todo: “Cien ovejas aparecen muertas en Vizcaya con un pinchazo en el cuello”. Allí estaba la *mágica cifra*, el número que ambos ufólogos habían dado por bueno, a pesar de que la Ertzaintza tenía constancia de menos de la mitad de casos, entre fallecimientos y desapariciones. “La gran parte de los pinchazos parecen ser de un animal con un solo colmillo, pero lo que está claro es que tiene que estar mandado por alguna persona que actúa por la noche”, indicaba Ricardo Bárcena al rotativo madrileño [Zaballa, 1996]. En la información, los afectados achacaban los hechos a un psicópata acompañado de un animal, y se hablaba de que medio centenar de ovejas de José Antonio Bár-



cena habían “resultado muertas de un pinchazo en el cuello y una de ellas degollada con un cuchillo”, y la yegua de su hermano –cuyo fallecimiento tanto había inquietado a Cardeñosa– “había aparecido muerta de un hachazo en el vientre”.

Lo que parecía evidente, según iba completando el rompecabezas, es que las misteriosas muertes –que no eran cien– estaban causadas tanto por mordeduras de cánidos como por pinchazos en el cuello. ¿En qué proporción? Tuve que esperar al informe policial para saber si los sensacionalistas titulares de *Más Allá* y *Año Cero* se correspondían a la realidad (ver recuadro). Y ocurrió lo previsible: toda la historia de Cardeñosa y Sierra se fue abajo. No había misterio por ningún lado. Las muertes se debían, en su mayoría, a la acción de perros incontrolados –algunos de los dueños de los canes habían reconocido su responsabilidad–; sólo una había sido causada por un pinchazo en el cuello, y los periodistas esotéricos la habían multiplicado por cien.

Ni Cardeñosa ni Sierra destacaban en sus reportajes del carácter eminentemente rural de la comarca de Las Encartaciones, que linda con Burgos, Cantabria y Alava, y del problema que suponen el lobo y los canes asilvestrados

para los ganaderos de la zona. De hecho, a principios de octubre de 1996, el entonces diputado de Agricultura de Vizcaya, Patxi Sierra-Sesumaga anunció un plan especial para acabar con los ataques del lobo a los rebaños en la zona occidental de la provincia y, en el último año y medio, los ataques del lobo en la comarca se han cobrado la vida de más de una veintena de ovejas, tres carneros y varios potros. De todo esto, obviamente, no se ha dicho nada ni en *Año Cero* ni en *Más Allá*, revistas para las que el único problema de Las Encartaciones es el chupacabras, un ser del que los ganaderos no sabían nada hasta que los expertos de turno llegaron a la zona dispuestos a convertir la muerte de una oveja en un ataque con cien lanudas víctimas y del que nunca después han vuelto a hablar. ¡Pura filfa, vamos!

Sierra iba más allá en su artículo y, basándose en las especulaciones de un tal Ramón Oroz, a quien presenta como *investigador* –en realidad, se trata de un aficionado a lo paranormal–, extendía los supuestos ataques del chupacabras hasta la localidad navarra de Falces, aunque advertía que “los casos de muertes por *agujero* no se han prodigado demasiado en Navarra, donde incluso han surgido testigos que creen haber visto merodear a lobos por sus tierras”. Fijense en la sutileza de la construcción sintáctica: el fenómeno extraordinario en Navarra es el lobo. Una tergiversación más, como puede comprobar cualquiera que esté al corriente de la realidad de la comunidad foral, donde el lobo dista de ser un desconocido. Pero es que, además, en abril de 1997 se constató la existencia de esporádicos ataques de buitres leonados a ganado vivo; un oso diezmó algunos rebaños en el Valle de Roncal durante la primavera de 1998; y los lobos multiplicaron meses después sus ataques a ovejas en la zona de Lerín. Algo que, cuando ocurrió en el Valle de Arán en 1997, se atribuyó a la osa Giva, reintroducida en el Pirineo por la Generalitat de Cataluña.

Un ‘asesino’ hispano

Lo que está claro, tras este somero recorrido por la vida y milagros del *chupacabras*, es que este ser existe en la imaginación popular y en las revistas pseudocientíficas, pero no en la realidad. “El *chupacabras* –según el veterinario Ramiro Ramírez, director del estudio realizado por la Universidad Autónoma Metropolitana de México– no es más que otro digno producto del pensamiento populache-

El ‘comecogollos’ y el ‘comepanties’ son versiones anteriores, también exclusivamente hispanas, del mismo monstruo

ro” [Bazán, 1996]. “Desde que apareció la fiebre del chupacabras –apuntó en 1996 el sociólogo Roger Bartra–, los sufridos mexicanos tuvieron otro tema de plática diaria,

y luego, cuando se le restó gravedad, lo transformaron en un *factor x*, un recurso para el albur facilón y el chiste bobo, como representar a Carlos Salinas, que absorbe mucho del descontento popular”. En la actualidad, el mito ha remitido en México hasta tal extremo que la mayor parte de la ciudadanía cree que el vampiro extraterrestre es un invento del Gobierno o de Televisa para desviar la atención de los graves problemas del país. Todo esto, obviamente, ha sido sistemáticamente silenciado por las revistas esotéricas españolas, que, sin embargo, importaron el *chupacabras* en cuanto tuvieron la mínima oportunidad.

Que el salto trasatlántico del *chupacabras* haya sido uno de tantos engaños urdidos por los espabilados de turno, a partir de hechos más o menos ciertos y más o menos tergiversados, es totalmente compatible con la corta historia de este ser indudablemente hispano. Porque el *chupacabras* es un monstruo muy singular: actúe en Puerto Rico, México, Estados Unidos o España, sólo ataca a animales de ganaderos hispanos. Curioso, ¿no? Marvette Pérez, conservadora del Museo de Historia Americana de la Institución Smithsonian, y de origen portorriqueño, no duda de que el *chupacabras* “parece ser un fenómeno caribeño, especialmente de las islas hispanas. Es parte de nuestro folclore. Es interesante que el *chupacabras* no se encuentre en las islas angloparlantes, y que sólo migre a lugares donde la población hable español” [Friedman, 1996].

Sus preferencias idiomáticas. Ése es el verdadero atractivo de esta nueva leyenda nacida en Puerto Rico y cuya expansión hay que atribuir a la superstición campesina, los intereses políticos por desviar la atención de asuntos realmente graves, los lucrativos de los negociantes de lo oculto e Internet. Por primera vez, nos encontramos con un monstruo hispanoparlante, aunque, paradójicamente, no haya entrado todavía en el diccionario de la Real Academia Española.

El *chupacabras*, no obstante, no es el

primer ser que surge en lo más profundo de Puerto Rico, sino que es el último –y el más famoso gracias a Internet– eslabón de una ya larga dinastía, que comenzó con el *vampiro de Moca*, que en los años 70 hizo de las suyas en el extremo oriental de la isla. Años después, el abuelo del *chupacabras* –al que el pueblo bautizó como *comecogollos*– se dedicó a devorar y dejar totalmente agostados los plataneros, mientras que su hijo –*comepanties* lo llamaron– fue conocido como un insaciable consumidor de las medias que las mujeres ponían a secar en los colgadores. Con el *chupacabras* ya en la España de la posmodernidad, sólo nos queda una esperanza, que la especie continúe su evolución hasta el *chupacaraduras* y se extienda rápidamente por todo el mundo hispano.

Referencias

- Bazán, Mercedes G. [1996]: “La fiebre del *chupacabras*”. *El Correo* (Bilbao), 8 de septiembre.
- Cardenosa, Bruno [1996]: “El *chupacabras* ataca en el País Vasco”. *Año Cero* (Madrid), N° 75 (octubre), 40-42.
- Carroll, Robert Todd [Fecha desconocida]: “Chupacabra”. En Carroll, Robert Todd: *The skeptic's dictionary*. <http://wheel.dcn.davis.ca.us/go/btcarroll/skeptic/chupa.html>
- Domínguez, José [1996]: “La Ertzaintza investiga medio centenar de ataques al ganado en Las Encartaciones”. *El Correo* (Bilbao), 25 de agosto.
- Friedman, Robert [1996]: “The chupacabra becomes a recurring legend”. *The San Juan Star* (San Juan), 6 de mayo. <http://www.princeton/~accion/chupa27.html>.
- Matos, Claudio [1995]: “Descartan seres extraños sean autores muerte de ganado”. *Efe* (Puerto Rico), 31 de marzo.
- Sierra, Javier [1996]: “¿Ha llegado el *chupacabras* a la península ibérica?”. *Más Allá* (Madrid), N° 92 (octubre), 50-56.
- Zaballa, Carlos [1996]: “Cien ovejas aparecen muertas en Vizcaya con un pinchazo en el cuello”. *El Mundo* (Madrid), 21 de agosto.

Suscríbase a

THE SKEPTICAL INTELLIGENCER

La revista trimestral de 70 páginas editada por la británica Asociación para la Investigación Escéptica (Aske).

Suscripción anual: £15

Escriba a:

Aske
15 Ramsden Wood Road
Walsden, Todmorden,
Lancs, OL14 7UD,
Reino Unido